

Reseñas

En los límites de la confusión. Miedos, riesgos y urgencias de la sociedad de la información

Celso SÁNCHEZ CAPDEQUÍ

Madrid, Los Libros de la Catarata, 2010

Ante todo, quiero darle la bienvenida al libro de Celso Sánchez Capdequí. Se trata de un trabajo que está repleto de meditados y brillantes análisis y de imaginativas y renovadoras propuestas y que parte de una sociología comprensiva que entiende que el comportamiento humano es simbólico y que utiliza como conceptos fundamentales el de giro lingüístico, el de la cultura como matriz creadora de las formas de vida y los de la acción, la creatividad, la praxis, la imaginación y el simbolismo que otorgan el ser a las formas sociales. Todo ello está bien condimentado con una metodología hermeneútica que está muy bien utilizada, que busca el sentido de la sociedad y que sabe sacarle jugo a la teoría sociológica y a los pensamientos y a las palabras mediante una creativa explotación del lenguaje.

El libro trata sobre la difuminación de los límites en la sociedad contemporánea y sus consecuentes miedo al caos y a la contingencia y confusión de la conciencia social. Precisamente en los límites de esa confusión se detiene el autor para intentar iluminar los contornos imprecisos de la sociedad líquida posmoderna, así como la función renovadora que le compete en ello a la sociología y el nuevo rol que debe desempeñar el sociólogo si quiere entender el tiempo que le/nos ha tocado vivir.

El autor ha estructurado su libro en ocho capítulos que se detienen en una serie de fenómenos que remiten en común a ese estado actual y a la necesidad de que sea pensado: debate sobre la modernidad líquida; reflexiona acerca de la conveniencia de comenzar o iniciar continuamente y de los abismos y angustias que esto genera en la modernidad; imagi-

na una Europa más como una forma embrionaria de modelo de convivencia, de proceso ininterrumpido de fundación, que de realidad consumada; describe las alianzas y las posibilidades en el choque de civilizaciones y reivindica una teoría social ante la guerra que la piense como facticidad, hecho y destino; relee el totalitarismo contemporáneo como un superviviente que ha reemplazado la banalización del mal por su licuefacción; desvela las identidades del dinero y como éste se ha adaptado camaleónicamente a los cambios de cosmovisión social, pues nació en el templo como símbolo del sacrificio, se desarrolló en el mercado como medio-signo de cálculo y, en nuestros días, aparece como fin en sí mismo -como simulacro- en la red virtual; y reclama, en tiempos de olvido, que la sociología tenga memoria y que el sociólogo sea capaz de pasar de legislador a intérprete de la nueva realidad social.

Sánchez Capdequí piensa –con Z. Bauman- que habitamos en una forma social de vida líquida, un “hecho fluido de cultura” caracterizado por la ausencia de límites, o mejor por la contingencia de los límites, y que ha dejado como resultado un contexto sin formas, amorfo y desdibujado. En este contexto, brota la contingencia general -la no-necesidad y la posibilidad-, la indeterminación y la complejidad, además de lo provisional, lo aleatorio y el quebranto del ideal de eternidad y su sustitución por el instante. Así –afirma el autor-, se ha instalado en nuestra sociedad un nuevo positivismo esteticista –facilitado por los medios de comunicación y las prácticas del consumo- que tiene como objetivo diseñar una vida efímera donde nada dura, donde nada resiste el embate arrollador de

la información y donde toda huella del pasado se borra. A lo que hay que añadir que se promueve la lógica del cambio individual pero se impide el cambio de lógica social, en tanto que no se percibe un espacio social común y, consecuentemente, la política, lo que en último extremo hace imposible debatir e iniciar en tanto que ésta representa la pluralidad y la convivencia. Pero lejos de quedar abatido o paralizado por los miedos y riesgos que conlleva semejante estado de la cuestión, Sánchez Capdequí, lleno de positivo vigor, encara el problema y propone numerosas propuestas y alternativas, algunas de ellas realmente ingeniosas y estimulantes.

En primer lugar, en su libro reclama constantemente la necesidad de pensar la creatividad, la única que permite al ser humano poner “límites al abismo que se cierne sobre él y a la locura a la que le aboca”, y ello –advierte el autor– aunque asuste, dado que ciertamente la creación nos abre a la indeterminación, a lo que no tiene ni principio ni final, a lo que carece de límites y, en suma, al desorden. Es, pues, ésta una creatividad que posee una potencia primigenia, pues brota del “magma”, es decir, de ese estado inicial similar al caos originario que todavía no ha sido impuesto socialmente y que prepara las condiciones histórico-sociales del pensamiento humano por el que la sociedad se funda a sí misma con imágenes y como imagen. Por tanto, el concepto de creatividad que maneja Sánchez Capdequí posee un tono más existencial –filosófico y antropológico, en línea con lo que defienden, entre otros, H. Arendt, C. Castoriadis o María Zambrano–, que pragmático –el que detenta, por ejemplo, el economista Richard Florida–. Además, no tiene que ver con eso que G. Steiner –en *Gramáticas de la Creación*– y Daniel Boorstin –en *Los Creadores*– llaman “recreación”, recuerdo de lo ya instituido, sino lo contrario, creación fundante, y, por ende, algo totalmente renovador; no en balde, entiendo que justamente la renovación social constituye uno de los sustratos profundos que animan el libro y, desde luego, uno de los pilares del pensamiento sociológico del autor.

En segundo lugar –siguiendo a C. Castoriadis–, Sánchez Capdequí llama a entender el *apeiron*, la indeterminación, como algo positivo, esto es, como algo que “funda la posibilidad, la creación de nuevas formas de concebirse y convivir”. Recordemos que el término *apeiron*, que fue pensado por los filósofos materialistas griegos como Anaximandro o los pita-

góricos y que pervive en Platón, señala que lo indeterminado, lo que no tiene límites ni forma, es la base de todo lo existente y, seguramente, de ahí obtiene sus ideas C. Castoriadis –que tan certeramente se ha acercado a la sociedad autónoma helena en sus obras y, sobre todo, en “The Greek Polis and the Creation of Democracy”–. Recordemos también que los griegos conocieron el *apeiron*, pero lo mantuvieron en un segundo nivel dentro del pensamiento social, pues finalmente, horrorizados ante el vacío y el desorden social y conscientes de que el caos primerizo anterior a la sociedad puede retornar en cualquier momento, dominó en ellos el deseo de límites –véanse los vigorosos trabajos del filósofo español Eugenio Trías y del antropólogo J. P. Vernant–. Así pues, el autor, en coherencia con la sociedad sin límites e indeterminada de hoy, trata de recuperar el viejo concepto de *apeiron* para convertirlo en un instrumento sociológico útil en el conocimiento y la praxis social.

En tercer lugar, Sánchez Capdequí, sabedor de que sin límites no es posible concebir el orden social, reivindica pensar los límites propuestos por la contingencia histórica y, por tanto, susceptibles de renegociación lingüística entre los actores. Y, lo que es más importante, rechaza los límites rígidos, lo excesivamente determinado, la cultura normativizada que no permite la libertad individual. En eso, el autor se encuentra inmerso en la paradoja de nuestro tiempo, pues trata de encarar lo indeterminado sin volver a viejos o nuevos absolutismos y sin caer tampoco en el desorden social. En cualquier caso, huye como de la peste de todo orden cercano al totalitarismo, lo que en mi opinión constituye el sentido más profundo de este libro y del pensamiento social de su autor.

En cuarto lugar, también nos invita Sánchez Capdequí a repensar lo imaginario como potencia fundadora de la acción y de los hechos que orientan la vida social que, al estar llenos de contingencia, permiten al imaginario concebir los límites y los referentes. Sin olvidar que interpela también a los actores sociales a ser conscientes de que toda acción y toda obra humana son perecederas, de su innata contingencia, por lo que puede convertirse en un antídoto eficaz contra una visión del tiempo en la que, a pesar de que aparentemente domine en ella el cambio, en realidad expresa el deseo de no morir, de no transformarse; no en balde, esta sociedad de flujos ha borrado el tiempo y, sin él, no hay muerte

como tampoco existe la vida ni lo que esencialmente la define: la posibilidad de imaginar nuevos inicios. Finalmente, con el imaginario se puede contrarrestar eficazmente la dificultad de imaginarnos en común, de entender que “tenemos en común el imaginario”. Por tanto, el autor retoma las ideas esenciales de C. Castoriadis y G. Durand sobre el imaginario que, por cierto, vienen bien como complemento a “la imaginación sociológica” de C. W. Mills y, particularmente, a su deseo de conciliar lo individual y lo social. Al mismo tiempo, Sánchez Capdequí también hace suya la propuesta de H. Arendt sobre el reinicio constante que supone el vivir y reitera una y otra vez el afán por reiniciar. Pero, en él, no parece que exista esa característica nostalgia por el origen perdido de las sociedades antiguas, definida por aquello que ya pasó y que es mejor que lo acontece ahora y, quizás, deja el término en una cierta ambigüedad parecida a la del “eterno retorno” de Nietzsche, para quien también ese eterno retorno –al igual que el reiniciar– parece afectar tanto al presente como al porvenir. Por otro lado, no debe extrañarnos que el autor relacione esta insistencia sobre el inicio con la indeterminación y la creación y, sobre todo, con la vida en la que parecen converger los otros tres términos: la vida es indeterminación, creación y reiniciar. Al respecto, pienso que el concepto de vida es clave en la sociología de Sánchez Capdequí y que revolotea en él un cierto tono trascendente similar al que le otorga G. Simmel, por cierto uno de los pensadores sociales que mejor conoce.

¿En tiempos de contingencia y de ausencia de límites qué papel le compete a la Sociología? Responde el autor que, como quiera que ésta se ha ocupado tradicionalmente de separar y de diferenciar, hoy se encuentra en dificultades para captar una sociedad desdiferenciada, esto es, que no puede enjuiciar y discernir y, en consecuencia, entra en la confusión. Además, en tanto que la sociología nació para analizar la modernidad y para hacerla posible, no parece que hoy tampoco sea capaz de hacer sociedad, mientras que no visibilice la contingencia del hecho social y, con ello, restituya la dimensión política del

actor. Piensa, por tanto, Sánchez Capdequí, que la contingencia debe convertirse en el concepto-límite de la reflexión sociológica y que, consiguientemente, nuestra disciplina tiene que tener presente que la condición natural del hombre es la libertad por cuanto que le define el exilio, el ser “habitante de la frontera, de lo liminar y de la contingencia: un no-lugar del que todo procede y en el que todo se diluye”. Así pues, la sociología no debe estructurar y normalizar la vida social con arreglo a la categoría de determinación, no debe regular el comportamiento social que se anticipa a la acción porque, de este modo –y como recuerda el autor que han denunciado, entre otros, -C. Castoriadis, E. Morin, G. Balandier y P. Tacussel-, se convertiría en un instrumento de poder. En suma, el autor restituye la función política de la sociología, pero no en el sentido de ser un cómplice del aparato de poder sino un puente de diálogo social y de profundización de la democracia; en ella –podríamos inferir de la lectura de este libro–, se produce la comunión social de los ciudadanos sin que éstos se confundan los unos en los otros.

De este modo, al sociólogo ya no le compete tanto la función de ser legislador como la de intérprete-traductor, pues más que con objetos (que también, remarca el autor) se ocupa de los significados, de su dinamismo y fluidez, sin olvidar que, por su familiaridad con la contingencia y la diversidad de lenguajes, habita en la frontera, en las transiciones, en los intersticios y en los lugares de cruce e impulsa la conversación entre la diversidad y la pluralidad de las cosmovisiones. Por tanto, este sociólogo político no es ya el que se entrega al poder sino el que huye de todo totalitarismo y, lo más importante, el que dedica sus esfuerzos al ejercicio de la construcción de la democracia, de la Política. En definitiva, esto es lo que coherentemente ha hecho en su libro Celso Sánchez Capdequí, conectando su obra con el estilo, la pluma y la profundidad de pensadores sociales de la talla de Z. Bauman, C. Castoriadis, H. Arendt, y María Zambrano.

Juan A. Roche Cárcel